

Mayo del 68: los efectos de la historia sobre la historia*

*Franjáis Dosse***

Mayo de 1968 es un evento-ruptura de gran importancia en la historia contemporánea. Un suceso enigmático que estremece por su carácter repentino y radical. Sin embargo, es difícil medir los efectos, la onda de choque que ese acontecimiento ha tenido en los escritos históricos franceses. Esta conmoción encontró una de sus principales fuerzas en el entrelazamiento de los sentidos que hacen imposible toda reducción interpretativa a un sistema monocausal mecánico. El proyecto de desentrañar los efectos del movimiento de Mayo resulta delicado en una disciplina como la historia, la cual se confrontó abiertamente no sólo al movimiento mismo sino también al reflujo de una interpelación global que llevó a una fragmentación de la sensibilidad de Mayo y que se expresó muy rápidamente en las prácticas puntuales, tópicas y marginales, para sufrir enseguida una reapropiación por la sociedad de consumo, la cual junto, con Alain Mine celebrarán los méritos del "capitalismo sesentayochero".

El panorama intelectual previo a ese Mayo estaba dominado por la moda estructuralista. El movimiento sacude las estructuras inamovibles de los pensadores de la muerte del hombre y da lugar a una verdadera *Belle-Époque* de la disciplina histórica. Más conquistadora y cautivante que nunca, esa disciplina explora, se dilata y se expande, ya que para responder a la demanda social, Clío está dispuesta a perder sus atributos y a fundarse en la nueva sensibilidad posterior a Mayo. Una sensibilidad nutrida de historia pero de otra historia, la del tiempo

* (1989), Cahiers de l'IHTP No. 11. París, Abril.

Maestro de conferencias en el IUSM de Versalles. Fundador y uno de los principales animadores de la revista *Espaces Tempes*. Traducción Jorge Bobadilla Martínez; UAM-Azcapotzalco.

largo, la vida cotidiana, la civilización material y la de otros términos de una historia fecundada por el estructuralismo, de una historia estructural. La Escuela los Annales era la mejor y más capaz por sus postulados epistemológicos, definidos desde 1929 y reconceptualizados en 1958 por Fernand Braudel para responder a esta sensibilidad post-68. La causa es que está más dominada por el cuidado de las continuidades que por la exaltación del cambio que acababa de fracasar. Desde 1969 Fernand Braudel y Charles Morazé dejan la dirección a nueva generación representada por André Burguière, Marc Ferro, Jac-ques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Revel. Una generación que asume la herencia y la hace fructificar llevando el paradigma de los Annales hacia los horizontes de la antropología histórica.

En este artículo se privilegia la revisión de los trabajos de esa escuela, la que conquistó una posición dominante justo después del 68, lo que no significa de ningún modo que sea la única que abarque el conjunto del campo histórico.

1. Las prácticas históricas en ruptura

Toda una corriente crítica nace en Mayo como hija directa suya, aun a pesar de que el lanzamiento de iniciativas y el reagrupamiento de investigadores se realizan con un cierto desfase en relación con el movimiento. En el Instituto Charles V de la Universidad de París VII, 200 profesores, investigadores y estudiantes de la Historia se reúnen el 24 y el 25 de mayo de 1975 y constituyen el "Forum-Historia", un organismo de vinculación y de reencuentro que da lugar a los "Cuadernos del Forum-Historia", en 1976. Con un tiraje de 4,000 ejemplares, los Cuadernos publican diez números hasta noviembre de 1978. Esta corriente reagrupada en torno de Jean Chesneaux en la Universidad de París VII es parte de una crítica ideológica de la función de historiar. Chesneaux ambicionaba superar las tres separaciones; entre el pasado y el presente, entre el estudio del pasado y la práctica social y entre los historiadores y aquéllos que son los sujetos mismos de la historia: "nuestra ambición era la de acabar con la fórmula 'yo trabajo sobre...'. Por el contrario, se pensaba que había que trabajar con..." (Chesneaux, Vendredi, 23/11/1979). Una ambición parcialmente realizada, principalmente entre los campesinos de Larzac sobre la planicie de Millau, pero que se agotó rápidamente a falta de un movimiento social en ruptura.

Otro descendiente directo de Mayo es el nacimiento en 1971 de una revista de historia popular en respuesta al contenido de los materiales escolares: *Le Peuple Fmncais* que llega a contar con 7,500 suscriptores.

En su mayor parte formado por profesores, este grupo se fijó el objetivo de popularizar las luchas obreras y campesinas. Allí se denuncia la mistificación que presenta un pueblo mudo, reducido al papel de comparsa. Los creadores de la revista surgen de los comités de acción de Nanterre. *Le Peuple Francais* se pretendió una revista anti-historia y también basada en la coyuntura, en el análisis de los grandes eventos, pero en el plano de cultura y de las luchas populares. La revista circula en los astilleros y talleres de Nantes y San Nazaire, y entre los campesinos bretones en lucha alrededor de Edouard Morvan que celebraron en 1975 el tricentenario de la revuelta de los "gorras rojas".

Otra iniciativa nacida de Mayo y más teórica, surge del Departamento de Filosofía de la Universidad de París VIII alrededor de Jacques Ranciére, quien abandona la lectura de Marx aprendida de su antiguo profesor Louis Althusser y lanza una revista trimestral en diciembre de 1975 titulada *Les Revoltes Logiques*. El objetivo de esta corriente no es el de hacer una historia más, sino de abordar las prácticas históricas de manera transversal a partir del presente. Jacques Ranciére se dedica a descifrar las prácticas y discursos singulares disfrazados por los discursos organizacionales del movimiento obrero. Esos estudios se plantean el reencontrar la identidad perdida de las palabras múltiples y de investigar las articulaciones, las contradicciones. Se trata de un paso original que se sitúa sobre el plano de los procesos de subjetivización.

2. El inmovilismo pedagógico

Paradójicamente, en el momento en que la historia llama a la puerta, con el fracaso en Mayo de 1968 en el corazón del sector de la juventud escolarizada, la reforma de Edgar Fauré, promulgada en 1969, suprime la enseñanza de la historia en tanto disciplina específica en la primaria. Los profesores son invitados a enseñarla, pero en el marco de materias optativas que han diluido y en ocasiones hecho desaparecer a la disciplina histórica en un magma informe. Poco antes del movimiento de Mayo, en marzo de 1968 se llevó a cabo un coloquio en Amiens como expresión de una corriente de renovación pedagógica que cuestionaba el carácter enciclopédico de los programas, aspirando a establecer una relación más consustancial entre la disciplina histórica y la vida. Jean Tricart, profesor de la Universidad de Estrasburgo, denuncia el alejamiento aberrante de las disciplinas y demanda una reformulación del estatuto de la geografía y de la historia en la escuela secundaria. Algunos periódicos inclusive llegarían a usar el término de "medianoche del 4 de agosto" de la enseñanza. Por supuesto, el movimiento de Mayo ha acompañado a esta comente en su voluntad

de renovación. Desde el post-Mayo, se sostienen entre el 10 y el 14 de diciembre de 1968, jornadas de estudio sobre la enseñanza historia, la geografía y de la instrucción cívica en el Centro Internacional de Estudios Pedagógicos de Sévres, como una iniciativa de los historiadores de la revista *Enseignement 70*.

Cuando Edgar Fauré constituye en 1969 una comisión de reforma presidida por Fernand Braudel, se tienen muchas esperanzas de cambio. El ministro pronunció discursos sobre la renovación de la historia redactada en su parte esencial por Suzanne Citrón. Pero Fernand Braudel había llegado a un punto muerto. Sin una real estrategia cambio, detestando el APHG de un lado, oponiéndose a las autoridades de la Inspección del otro, se encontró en medio de una soledad de tipo gauliano que siempre le agradó. Los trabajos de la Comisión se suspendieron en junio y la Inspección aprovechó el verano de 1969 para imponer los nuevos programas precisamente cuando se ponía cuestión la idea misma de tener un nuevo programa. Esto selló "fracaso de Mayo" (Citrón, 1984:80-81). Si la historia como institución no se había involucrado masivamente en la marea del cambio, varias iniciativas se permiten reclamarse como subsidiarias de Mayo.

Una de ellas se observa en el centro experimental de Vincennes con un departamento de historia cuyo proyecto es "destruir la ilusión de que existe una ciencia histórica adquirida y sustituir un conjunto de certezas por la conciencia de la renovación en el enfoque histórico".¹ En Vincennes, el Departamento de Historia está orientado esencialmente al estudio del mundo contemporáneo, sus mecanismos de decisión, los movimientos sociales y políticos, sus ideologías y desea abrir la disciplina a un diálogo con las otras ciencias humanas. En la Universidad de París VII la renovación se manifiesta también con la asignatura "geografía y ciencias de la sociedad", concebida en una perspectiva interdisciplinaria. Por su parte, en Villetaneuse, la aspiración a cambiar se hace presente con la constitución, en octubre de 1971, de un grupo para formar permanente a los profesores de historia y geografía alrededor de Suzanne Citrón. Ese grupo funcionará hasta diciembre de 1977.

3. Al asalto de los medios; difusión de la cultura histórica arudita

Una vez más, la paradoja: mientras que los maestros pensadores del estructuralismo triunfan en la edición y a través de su éxito se pone

¹ L'Université Ouverte: Le dossier de Vincennes. Presses Universitaires de Grenoble, 1976. p. 106.

en la mira a la historicidad, al mismo tiempo, las obras históricas conocen un éxito notable en el post-Mayo. Este entusiasmo tiene su origen en la impresión cautivante de haber creído hacer la historia en 68: comprender para transformar. En ese momento se pensaba que, antes que estudiar la historia, era necesario hacer la historia. De ahí el entusiasmo del reencuentro con Clío, musa que tomaba el aspecto de un fantasma encantado con nuestro mundo moderno pero contenido en los museos de los recuerdos. En lo esencial, lo novedoso de esta conquista de los medios proviene de la estrategia ofensiva de la Escuela de los Annales que logró sacar la producción histórica del cenáculo restringido de los especialistas para hacerle ganar un gran público a sus tesis. Este fenómeno es el que constituye el verdadero cambio y no el éxito habitual de las grandes biografías y de los resúmenes centrados en los grandes acontecimientos clásicos de la historia que tradicionalmente habían tenido una gran audiencia. En julio de 1968, en la lista de los grandes tirajes del año -más del 100,000 ejemplares- se cuentan dos obras de historia: Una es Bonaparte y la otra Napoleón, ambas de Castellet (que alcanzan un tiraje de 200,000 ejemplares). Esta historia ha tenido siempre su público, el más importante numéricamente. Sin embargo, la novedad reside en el interés

creciente por la historia en el medio estudiantil en momentos de plena explosión demográfica. Ese interés produce la época dorada de las publicaciones de historia de alto nivel y, dado que la escuela dominante de la historiografía era entonces la de los Annales, ésta lo aprovechó plenamente.

Por otro lado, este cambio no esperó al Mayo de 1968 ni a la colección Archives que lanzó en 1965 Fierre Nora en la editorial Juillard, donde el relato pasa al segundo plano para privilegiar el documento bruto y el estado de la cuestión sobre el plano historiográfico. En ese sentido Fierre Nora fue un francotirador clarividente. La explosión de las colecciones históricas que enlazan las tesis monumentales con un público cada vez más demandante, data de 1968. El balance en el campo editorial en 1968 y 1969 es edificante. La casa Fayard lanza la colección *Historia sin Fronteras* bajo la dirección de Francois Furet y Denis Richet. La editorial Flammarion da a conocer simultáneamente tres nuevas colecciones: la *Biblioteca Científica de Fernand Braudel*, una colección Ciencia que edita una serie de tesis aligeradas de su aparato crítico y que permite la aparición de la de Fierre Gobuert sobre Beauvaisis (1968) la de Jean Bouvier sobre el Credit Lyonnais y la de Emmanuel Leroy sobre el Languedoc (1969). Finalmente, una colección dirigida por Marc Ferro: *Cuestiones de Historia*, libros de bolsillo que plantean un problema histórico no delimitado cronológicamente, sino definido por las problemáticas del

tiempo presente. En la editorial de Albin Michel, se retoman grandes textos clásicos en la evolución de la humanidad como *Sociedad Feudal* de Marc Bloch o *El problema de la incredulidad en el Siglo XVI* de Lucien Febvre, los padres fundadores de los Annales, que se convierten en algo más accesible al gran público a partir 1968 bajo la forma de libros baratos. La firma Pión lanza una colección dirigida por Phillipe Aries y Robert Mandrou: *Civilization et Mentalités*. En Gallimard, Fierre Nora, que ya había lanzado en 1966 *Biblioteca de las Ciencias Humanas* toma la medida del éxito de la historia y dobla su colección con una *Biblioteca de las Historias* en 1971, la que se desea el crisol de la renovación de la escritura histórica. El cuidado de responder a las demandas del mundo contemporáneo encuentra reforzado por el carácter enigmático de los eventos de Mayo. En la editorial Seuil se da a conocer una colección con el título de *Historia Inmediata* bajo la dirección de Jean Lacounture, así la colección *Política* de Jacques Julliard, aparecida antes de 1968 y que trata de dar un perfil crítico a la actualidad política, la colección *Combáts* de Claude Durand, la colección de Domenach, *Esprit publica el Journal* de la Commune Eludiante de Fierre Vidal- N y Alain Schnapp, y el libro de Fejto sobre las *Democracias Populares*. En cuanto al editor Arthaud, lanza en 1969 una nueva colección la dirección de Francois Bedarida sobre la sociedad contemporánea.

Es una verdadera explosión la que entonces se da y aun así, este pequeño panorama no es exhaustivo. Uno se sorprendería al constatar que en 1974 el número de volúmenes dedicados a la historia es seis veces mayor que el existente en 1964. Las posiciones claves dejan aparecer la preponderancia de los Annales, especialmente con una que orquesta los éxitos de la escuela: Gallimard, Seuil y Flammarion.

Esta situación modificará hasta el oficio mismo del historiador. No basta con registrar los archivos, es necesario difundir los hallazgos. Para ello se debe penetrar el mundo periodístico, ocupar las posiciones estratégicas en los medios. La conquista de la prensa por la Escuela de los Annales vive un momento decisivo en 1972 cuando Emmanuel Leroy Ladurlie toma la dirección de la sección Historia del periódico *Le Monde*. En cuanto a *Le Nouvel Observateur*, según su director Jean Daniel fue, "durante su primer decenio, el órgano de la nueva histórica" (Hamon y Retmen, 1981 :234). Cada libro de la escuela tiene entonces asegurado una buena publicidad puesto que la crítica le da la máxima resonancia.

Muy frecuentemente, el espíritu crítico no saldrá magnificado de estas operaciones en circuito cerrado donde una red controlada todas las etapas, desde la producción hasta la comercialización en una situación cuasi monopólica que anula toda posibilidad de debate. Esta promo-

ción tendrá entonces efectos perversos: “esclavos de sus amos, evolucionan y se envuelven sobre sí mismos: es la implosión” (Debray,1979:138). Pero esta conquista de un nuevo público tendrá también como una consecuencia positiva el dar a conocer las investigaciones más avanzadas y divulgarlas masivamente quitándoles su carácter árido. El logro más grande en este campo, aun si está alejado diez años del Mayo de 1968, es la revista *L'Histoire*, que cuenta con 40,000 suscripciones y difunde 63,000 ejemplares, cifras alcanzadas gracias a un cuidadoso trabajo de redacción e ilustración que permite esta gran difusión de la historia erudita.

4. El éxito de la historia de las mentalidades

La ola de interpelación de Mayo de 1968 reflujo muy rápidamente en tanto que brecha global que fractura la sociedad francesa, pero su respuesta en las profundidades del tejido social producirá toda una serie de interrogantes sobre las necesarias transformaciones de los usos y las costumbres. La mirada de los franceses cae sobre sí mismos, desposeídos de su imperio, y va a tomar la vía de una etnologización con relación a su historia. Se escruta a una sociedad que ha engendrado esta figura enigmática de la interpelación radical. Los nambikwaras han desaparecido de los alrededores de Sao Paulo, pero se tiene el exotismo cerca de la casa como lo muestra la encuesta dirigida por André Burguière en Plozevet, donde la población bretona local es asaltada por todos los investigadores de las diversas ciencias sociales escrutando sus despojos. Es la ocasión para que el historiador descubra la figura del otro, de la alteralidad en su propia sociedad y adapte el discurso antropológico sobre la reproducción de las estructuras y sobre lo invariable, al clima templado de Occidente. Es también la ocasión para que los historiadores hagan suyos los nuevos hábitos de la antropología. Fernand Braudel ya había opuesto a Claude Levy-Strauss la noción de la larga duración como lenguaje potencialmente común a las diferentes ciencias sociales unificadas bajo la varita mágica de la historia.

Los años setentas serán el escenario del desarrollo de una antropología histórica y Claude Levy-Strauss podrá constatar: "Tengo el sentimiento de que hacemos la misma cosa. El gran libro de la historia es un ensayo etnográfico sobre las sociedades pasadas" (Leroy, 1973:13-14). Esta historia etnográfica aminora aún más el ritmo de la temporalidad ya evidente en Fernand Braudel y sustituye la irrupción del evento por la permanencia, el calendario repetido de la gesta cotidiana de una humanidad cuyas pulsaciones se reducen a manifes-

taciones biológicas o familiares de su existencia: el nacimiento, el bautismo, el matrimonio, la muerte. Se descubre entonces un pasado, esencialmente medieval, transformado en edad de oro. Estas edades oscuras construidas por el Renacimiento toman un rostro nuevo a la hora de la crisis del progreso, de las interrogantes de una sociedad que se repliega sobre sus tradiciones. El historiador, a falta de un proyecto colectivo, se concentra en la investigación de los valores locales, de lo cotidiano, de las permanencias. El mundo medieval es recreado para el gran público por Régine Pernaud, y se convierte en el objeto fecundo de inspiración para el séptimo arte con el *Lancelot del Lago* de Bresson o el *Percival*, el *Galo*, de Rohmer. El éxito de Montaillou, *Aldea Occitana* de Emmanuel Leroy Ladurie (1975) sorprende por su vigor (300,000 ejemplares) para una obra de historia erudita.

La gestión del sistema pasa por algunas transformaciones acordadas por el poder al nivel de la vida cotidiana, de las costumbres, de las relaciones matrimoniales. Para responder a las aspiraciones profundas defendidas por el movimiento social sobre la onda de choque de Mayo, el poder legisla sobre los derechos respectivos del marido y de la mujer, sobre la anticoncepción y el aborto, sobre la mayoría de edad a los 18 años. El discurso del historiador responde a esta transformación concreta, a esta nueva sensibilidad dando densidad temporal a las medidas puntuales, interrogándose sobre el funcionamiento de la familia, sobre el lugar y la imagen del niño, sobre el papel de la disciplina, sobre las prácticas anticonceptivas de los viejos tiempos. El pueblo, habiendo fracasado como fuerza política potencial, resurge en este discurso etnologizado como material estético en sus hechos y gestos cotidianos. Los humildes renacen en su singularidad como un mundo aparte, pero en el cuadro inevitable del poder existente. La etnologización del discurso del historiador se presenta como contrapunto de la integración en la sociedad técnica otorgando carta de ciudadanía a otros valores. La cultura material se abre como nuevo campo de investigación al historiador que rebasa el horizonte económico, el de los cambios sociales y políticos bruscos. La conversión más significativa y espectacular es la de la Escuela de los Annales. La parte de la historia cultural en la revista pasa del 22.4 por ciento los artículos en el período 1957-1969 al 32.8 por ciento entre 1969 y 1976. Al mismo tiempo, la historia económica que siempre ha sido base de la originalidad de la escuela, retrocede del 39 al 25.7 ciento.

1968 habría inaugurado la expansión para la historia de las mentalidades. Si bien en muchos trabajos, se busca dar cuenta de las relaciones entre las determinaciones de lo real y las visiones del mundo, es necesario reconocer que con mucha frecuencia, las menta-

lidades atraviesan la historia como por encima, como si fueran entidades independientes de toda contingencia. El historiador se contenta entonces con transcribir las representaciones, con hacer una descripción sin cuidarse de las relaciones entre éstas y lo real que las ha suscitado. Ciertamente, la orientación de las investigaciones sobre las mentalidades precede a 1968. El impulso mayor proviene del Coloquio de la ENS de Saint Cloud, llevado a cabo 1965 bajo la presidencia de Ernest Labrousse.

Muchos de sus partidarios dejaron su taller sociográfico para acceder al tercer nivel, el punto más alto, el de las mentalidades. Ese será el caso de Michel Vovelle o de Maurice Agulhon. Pero el éxito de los temas de la muerte, de la sexualidad, de la sociabilidad, pertenece plenamente a la sensibilidad inmediatamente posterior a Mayo de 1968. La entronización del francotirador Phillipe Aries, un especialista de las mentalidades, dentro de los *Annales*, es el signo manifiesto de este nuevo clima que hace el éxito de las obras sobre la sexualidad (Jean-Luis Flandrin, Jean-Paul Aron), sobre la muerte (Michel Vovelle, Phillipe Aries, Pierre Chaunu), sobre la familia (Jean-Louis Flandrin, Phillipe Aries), sobre el miedo (Jean Delumeau). Cuando este nivel de las mentalidades no está articulado al sustrato social, tiene la tendencia a recubrir todo el campo social que integra en la permanencia de una naturaleza humana inmutable. Como los ciclos largos borra las tensiones sociales, el estudio de lo mental relativiza la conciencia de esas tensiones y las oposiciones que se le desprenden. El hombre reducido a lo mental es objeto de su historia más que sujeto de la misma. Concebido como objeto de recuento o de cuantificación, deviene objeto psicológico, objeto de mentalidad. El aliento de la acción humana a través de los siglos se ha diluido y el hombre social esta extrañamente ausente.

5. El estadillo del objeto de la historia

La explosión de la disciplina histórica triunfante la conducirá luego de Mayo de 1968 a una práctica cada vez más desbordada. El más consciente de esta ruptura epistemológica es Pierre Nora quien lanza en Gallimard una *Biblioteca de las historias*. La historia pierde la mayúscula y el singular. La historia, ya muy abierta al diálogo con las ciencias humanas, se compromete entonces es una estrategia orquestada por los *Annales* de atraparlo todo, de captar todos los objetos posibles. De ello resulta una dilatación del territorio del historiador quien, al querer abarcar más y más, pierde con frecuencia su identidad en una huida hacia delante extraviado en la novedad. A ello puede

denominársele efectivamente la construcción de un imperio del historiador, pero se asiste también a una deconstrucción de la práctica histórica. Muchos abandonan entonces la visión totalizadora, de síntesis. No es cuestión de conectar los múltiples niveles de lo real en un todo inteligible, sino de describir los objetos en un nuevo espacio de dispersión. Este trabajo de deconstrucción abre su arquitectura tripartita de la temporalidad sobre las temporalidades múltiples, heterogéneas, en ruptura con la escritura braudeliana que conservaba este horizonte global. Esta explosión es favorecida por la posible cuantificación del material histórico mediante la computadora que permite edificar una historia serial. En este estadio, "el tiempo no es homogéneo y no tiene significación global" (F. Furet, 1981:12). La totalidad se fragmenta en una miríada de objetos singulares a especificar, a construir. En ese momento se pone de moda todo un discurso neopositivista que tiene la tendencia a fetichizar el poder de la computadora. Emmanuel Leroy Ladurie revela muy claramente esta creencia absoluta en los milagros de la tecnología: "el historiador de mañana será programador o no será nada" (E. Leroy Ladurie, 1973:13-14). Ese autor presenta al historiador bajo la imagen del minero que lleva a la superficie un material que da a trabajar a los especialistas de las ciencias humanas. No se puede expresar mejor la verdadera "(des)misión" del historiador, su relegamiento al papel de operario que trabaja subordinadamente. El historiador debe contar y contar más y más. Tanto las cantidades de trigo producidas como los nacimientos, como el número de las invocaciones a la virgen en los testamentos, o el número de robos cometidos en tal lugar. "En el límite, no hay historia científica que no sea cuantificable" (Leroy, 1973:13-14). Este regodeo con la computadora, oráculo de los tiempos modernos nace de la desconstrucción y acentúa aún más la propensión al desbordamiento, a la serialización, pues si bien se pueden contar las series, no se pueden contar las síntesis. El otro efecto es el de privilegiar los fenómenos de repetición, la larga duración, las permanencias, y el de quitar al hombre del centro en tanto que sujeto colectivo de la historia, mole resistente a lo cuantificable. Esta explosión de la historia puede comprenderse como un efecto retardado sobre la disciplina histórica del estructuralismo triunfante de los años sesentas que por su antihumanismo teórico ha despojado al hombre de su lugar central en beneficio de una deconstrucción que ha sido mejor teorizada por Michel Foucault desde el post-Mayo cuando evoca, al principio de la *Arqueología del Saber* (1969), la nueva escritura de la historia: "el tema y la posibilidad de una historia global comienzan a borrarse, y se ve delinear el esbozo, muy diferente, de lo que se podría llamar una historia general (...). Una descripción global encierra todos los fenó-

menos alrededor de un centro-principio único, significación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto; una historia general desplegaría, al contrario, el espacio de una dispersión"(Foucault, 1996:17-19). El estructuralismo va a irrigar el saber histórico después de haber transformado la lingüística, la antropología, el psicoanálisis. En este marco, el historiador está entonces llamado a radicalizar su rechazo a toda teleología, a toda relación con el sujeto y con el tiempo continuo, para sustituirlo con un énfasis neopositivista en los eventos: "el ser humano ya no tiene historia o, sobre todo, dado que habla, trabaja y vive, se encuentra en su ser propio, está atrapado en un conjunto de historias que no le son ni subordinadas ni homogéneas (...) el hombre que aparece en el siglo XIX está deshistorizado" (Foucault, 1966:380). En una perspectiva como esa, el modelo consciente desaparece, disuelto en la multiplicidad de las historias heterogéneas y la figura del hombre se borra como una figura de arena a orillas del mar. Esta deconstrucción, esta serialización del campo histórico corresponde también al reflujó del movimiento de Mayo, a su fragmentación en una era de desilusiones donde se le descubre, muy lejano, a través de modelos de interpretación cerrados en sí mismos.

Lo real pierde entonces su racionalidad y escapa a la voluntad humana. El rechazo de la síntesis echa raíces sobre el reflujó del compromiso, sobre el retiro de la vaguedad. Es la expresión de una voluntad de escapar a lo ideológico, una forma de respuesta en los pliegues de un objetivismo cientista que se expresa muy bien en una generación de historiadores que fue en gran parte marcada por su ceguera en el momento del estalinismo triunfante de los años 1950. La historia no sirve entonces para mirar hacia el futuro sino para exaltar una figura magnificada del pasado, es un antídoto contra el cambio, conservatorio de valores y tradiciones populares. Emmanuel Leroy Ladurie puede entonces alabar los méritos de la manera antigua de hacer la historia y expresar el deseo "para el siglo XXI de un Aveyron global en su figura de 1925, a la escala de la humanidad entera" (Leroy, 1978:336).

Esta explosión de la historia toca todos los períodos de la disciplina histórica. Se asiste a la multiplicación de los polos de la investigación en historia griega con Edouard Will en Nancy, Fierre Leveque en Besancon, Robert Etienne en Burdeos. La gran renovación de 1968 es sobre todo el profundo cambio de la perspectiva sobre la Grecia antigua gracias al trabajo de Jean Fierre Vernant y su grupo. Ciertamente, las orientaciones de ese autor son definidas en un período anterior y se inspiran en lo esencial en el estructuralismo. Ya desde 1958 Vernant exponía su interpretación del mito de las razas según Hesíodo y su obra *Mitos y Pensamientos entre los Griegos* es publi-

cada por la editorial Maspero en 1965, pero es accesible a un gran público en la pequeña colección Maspero a partir de 1971. Asimismo, ya no es posible el estudio de la Grecia antigua sin tomar en cuenta el trabajo de antropología histórica del citado Jean-Pierre Vernant, quien interroga los marcos referenciales de la memoria, la organización del espacio, el nacimiento de la política, la idea del trabajo o de la persona en la religión griega. Sobre todo, la teorización de la explosión del campo histórico va a tener como lugar de aplicación el período moderno, momento privilegiado para reflejar las grandes mutaciones socioculturales de la década de los años setentas. Este período moderno que antecede la ruptura revolucionaria se entiende como un refugio ante las desilusiones de toda una generación y permite recurrir a una antropología histórica que interroga a la familia, la sexualidad, la muerte, así como a investigaciones sectoriales que se adueñan de nuevas fuentes: diarios íntimos, testamentos, monumentos funerarios, iconografía. Por otra parte, un nuevo sector va a emerger en estrecha relación con el movimiento de Mayo: la historia de las mujeres. Estimulados por los movimientos femeninos, los historiadores e historiadoras se interrogarán sobre la existencia específica de las mujeres. Por principio, historia de los cuerpos, de la maternidad, de los alumbramientos, de la prostitución, de los trabajos propiamente femeninos, de las representaciones simbólicas de la mujer. Esta cultura en construcción se interroga sobre sus límites, su transparencia, su alteridad o su complementariedad con relación a la historia de los hombres. La historia humana se encuentra parcializada, complejizada y es una fuente mayor de enriquecimiento que responde por otra parte, a las transformaciones esenciales en este terreno ocurridas durante los años setentas.

Lo que quizás faltó a esta historia triunfante, tal vez por el hecho mismo de su éxito, es la interrogación sobre sí misma, el dialectizarse en relación con el tiempo presente, el poner en duda sus objetos y sus conceptos importados. A este nivel, 1968 habría acelerado una crisis de la historicidad para dejar lugar a una posthistoria, expresión de un posmodernismo en el cual la historia pierde su estatuto como elemento capaz de ayudar a superar el presente y de estar atenta al futuro. Las sociedades frías, objeto del exotismo de los años cincuentas, han subvertido la historia a finales de los años sesentas y eso no deja de ser algo paradójico para un movimiento que, como el de 1968, se preciaba de ser un movimiento vanguardista.

- Brubaker R., William (1992). *Citizenship and Nationalhood in France and Germany*, Harvard University Press.
- Deutsch, Karl (1953). *Nationalism and Social Communication. An Inquiry to the Formation of Nationality*, Cambridge, USA.
- Fukuyama, Francis (1992). *The End of History and The Last Man*, Free Press, trad. Por Flammarion en 1992.
- Furet, Francois (1988). *La Révolution 1770-1780*, Paris, Hachette.
- Geliner, Ernest (1983). *Nations and Nationalism, and Nationalism*, Oxford, Blackwell, trad. fr. Payot, 1983.
- Haupt, Georges; Lowy, M. y Weil, C. (1974). *Les Marxistes et la question nationale. 1848-1914*. Paris.
- Hobsbawm, Eric (1990). *Nations and since 1780*, trad. Fr. Gallimard, 1992.
- Huntington, Samuel (1993). The clash of civilizations, en *Foreign Affairs*, No. 72 (3) trad. fr. en *Commentaire* No. 66, verano 1994.
- Kepel, Gilès (1991). *La Revanche de Dieu*, Paris, Seuil.
- Renán, Ernest (1882). *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris (Nouvelle ed, Agora, 1992).
- Rosanvallon, Fierre (1992). *Le Sacre du citoyen*. Paris Gallimard.
- Schnapper, Dominique (1991). *La France de l'intégration. Sociologie de la Nation en 1990*. Paris. Gallimard.
- Watson, Hugh Seton (1977). *Nations and States. An Inquiry to the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, London, Methun.